

su pequeña patria demasiado estrecha. Vivía con frecuencia en su casa solariega de Brolio, entregado á la agricultura, á la que era sumamente aficionado, solo y triste. La soledad, que abate á los débiles, fortalece á los fuertes, y los mismos pensamientos, sin cesar acariciados en el aislamiento, adquieren á veces tal grado de clarividencia que raya en adivinación. Ricasoli fué uno de los primeros que concibieron la unidad italiana, y el primero que anunció la forma que ésta revestiría. En extensas cartas trazó su programa. Según él, había que expulsar desde luego al Austria y á todos los príncipes que hacían causa común con ella; y para tal empresa, el concurso de la revolución era necesario. Siendo el rey de Cerdeña el único que tenía una organización militar, á él había que confiar la bandera de Italia. Libertada ésta, había que guardarse bien de reconstituirla con dos ó tres príncipes, sino que «había que darle en seguida esa unidad poderosa á que tienden todas las cosas del porvenir.» Con un encarnamiento raro en un patricio florentino, condenaba «el orgullo estrecho del municipalismo,» «el espíritu de provincialismo,» y nadie hubiera dudado de su sinceridad, puesto que, al hablar así, conspiraba contra su gloriosa ciudad natal y contra sí mismo. Sólo en un punto se equivocaba y era en la duración de la evolución que tan bien vaticinaba. «Espero lo porvenir, decía, pero renuncio á verlo (1).» El solitario de Brolio sólo comunicaba sus ideas á algunas personas de su intimidad. Sin embargo, no era tan desconocido que su persona no despertase cierta curiosidad. En sus raras apariciones en la capital, los florentinos se enseñaban unos á otros, en la plaza de la Señoría ó algún otro sitio público, aquel caballero de rostro rígido, de facciones angulosas, de aspecto tan adusto que casi daba miedo, aunque era muy caritativo con los que sabían abordarlo, sombrío como los viejos palacios toscanos de ventanas escasas y provistas de rejas, aristócrata con complacencias revolucionarias, absoluto, pero con ribetes de misticismo, procurando contener sus pensamientos como si hubiese esperado, en una silenciosa confianza, la hora propicia de su manifestación. Había otros, en Florencia, que le aventajaban en cultura intelectual, en despejo y en elocuencia: tales eran Lambruschini, Gino Capponi y Salvagnoli. Pero, para dominar á las masas, el medio más seguro consiste en llevar al extremo las aptitudes ó las cualidades que les faltan. Por esto, en caso de crisis, nadie había de poder tanto como Ricasoli. En medio de uno de los pueblos más cultos de la tierra, su rudeza había de intimidar, y como habían de atribuir esa rudeza misma á algún propósito superior, le seguirían, aunque fuese murmurando. Los revolucionarios, satisfechos de un aliado tan aristocrático, habían de dejarse dominar por él, sin gran resistencia. En 1859, en medio de los acontecimientos en que se jugaba el porvenir de Italia, Ricasoli encarnaba algunas de las cualidades que subyugan á los pueblos.

En el mes de mayo, después de la expulsión del gran duque, Ricasoli había entrado en el gobierno formado por Buoncompagni. Se le había confiado la cartera del Interior, y él había aceptado su nuevo cargo con una afectación de rústica sencillez que no carecía de orgullo ni de énfasis. Encariñóse luego con el poder que

(1) *Lettere*, tomo II, pág. 378.

afectaba desdeñar. A la noticia de Magenta, sus esperanzas se tradujeron en una verdadera explosión de alegría. La paz le indignó. Buoncompagni, llamado por su gobierno temeroso de infringir demasiado ostensiblemente los tratados, entregó la suerte de Toscana en manos de Ricasoli, que fué jefe del Estado con el nombre de presidente del consejo.

En seguida declaró la guerra al «municipalismo» y trabajó en favor de la unidad italiana, empezando por desear la unión al Piamonte. Hacía tan poco caso de sus compañeros de gabinete, que guardaba bajo llave los despachos que no quería comunicarles. Como en los municipios se empezaban á firmar exposiciones en favor de la anexión á la Cerdeña, expidió órdenes á los confaloneros para que se activase aquel movimiento. Al mismo tiempo recomendaba el mantenimiento de la tranquilidad pública, á fin de no dar pretexto alguno para una intervención extranjera. Pero en los distritos apartados de Florencia, las poblaciones rurales no comprendían bien lo que pasaba: les hablaban de levas, de impuestos, de nuevas cargas, y de ahí nacían pesares ó indecisiones. Hubo que intimidar en seguida aquellas resistencias: «Vigilad, escribió Ricasoli, sobre los trastornos que tengan por instigadores curas ó campesinos. Quiero que los unos se ocupen del altar y los otros del arado.» Como se ve, los curas compartían con los campesinos las desconfianzas que les inspiraba el alto barón florentino. Se habían resentido de los recientes ataques contra el dominio temporal del papa y era de temer que fomentasen entre las masas rurales opiniones poco favorables á Cerdeña. Por esta parte, Ricasoli ejercía una vigilancia extrema. Ordenaba que las autoridades impidiesen las misiones y observasen los manejos de las sociedades clericales. «Rompeamos todos los hilos jesuíticos,» decía. Y en él esto no era fanatismo antirreligioso, sino firme voluntad de destruir todo lo que podía retrasar ó comprometer el resultado final. Mientras los pueblos permanecían algo indecisos, las ciudades parecían ofrecer un concurso entusiasta. Para fortalecer en ellas el espíritu de unión, modificóse y aumentóse la institución de la guardia nacional. Así preparado todo, pareció llegada la hora de elegir la asamblea que había de disponer los destinos del gran ducado. La ley electoral puesta nuevamente en vigor fué la de 1848, y como sólo concedía el derecho electoral á la clase media, pareció sumamente propia para consagrar una revolución deseada sobre todo por la burguesía y una parte del patriciado. El resultado estaba previsto. El gran duque se hallaba ausente, y la presencia de su hijo en las filas austriacas, durante la última guerra, había alejado de él á los partidarios que le quedaban. Que los votos obedeciesen á la sumisión, á la resignación ó al entusiasmo, poco le importaba á Ricasoli: al salir de la urna, todos los sufragios de adhesión tendrían el mismo color y valdrían lo mismo ante Europa. El éxito era contagioso; esperábase que la sumisión pronto parecería entusiasmo, y esperábase que hasta habría aclamaciones, sobre todo si alguna apariencia de autonomía administrativa proporcionaba á los partidarios atrasados del «municipalismo» un pretexto para unirse.

Tal era el estado de Toscana á principios de agosto. Si la gloriosa Florencia consentía en dejarse absorber, ¿qué resistencia podían ofrecer los ducados, el de Mó-

dena, mal gobernado é invadido por los agentes sardos, y el de Parma, que parecía la prolongación natural del Piamonte? En dichas regiones había un hombre bien decidido á proscribir toda reacción y á dictar al pueblo lo que había de querer. Lo que Ricasoli era en Florencia, Farini lo fué en Módena y más tarde en toda la Italia central. Farini era discípulo de Cavour. Simple emigrado romañol, establecióse en Turín como extranjero y adquirió importancia simplemente por su talento, por su habilidad y por su trabajo. Era pobre, al extremo de que la ambición era para él una necesidad. Las revoluciones, cuando han sido largo tiempo preparadas, atraen á los elementos más diversos. Ricasoli y Farini, en dos regiones vecinas, fueron los instrumentos de la obra común. Después de la marcha de Francisco V, Farini había sido enviado en calidad de comisario sardo á Módena. Allí le sorprendió la noticia de la paz. En vez de consternarlo, este acontecimiento le excitó. Pronto hubo tomado una resolución con el osado ardimiento de un conspirador que se eleva á la altura de un hombre de Estado. En 15 de julio telegrafió desde Módena á Cavour: «No me dejéis sin instrucciones. Habéis de saber que si, por efecto de un convenio que desconozco, el duque hiciere alguna tentativa, yo le trataría como enemigo del rey y de la patria. No me dejaré expulsar por nadie, aunque haya de costarme la vida.» Cuando recibió este telegrama, Cavour era dimidente, pero aún no había sido reemplazado; contestó con estas simples palabras: «El ministro ha muerto, el amigo aplaude vuestra decisión (1).» No se contentó con aplaudir. Resuelto á utilizar todos los concursos, llamó al coronel Luigi Frapolli, muy conocido como republicano y unitario. «¿Estáis decidido, le dijo estrechándole las manos, á prestarnos vuestra ayuda para el bien de Italia?—Sí, señor conde.—Pues partid inmediatamente para Módena y ponedlos á disposición de Farini, si aún está allí; si Farini, obedeciendo á las instrucciones que el gobierno se ve obligado á transmitirle, ha marchado ya, arregláoslas como podáis para rechazar á los soldados del duque; son italianos que han renegado de su patria; arrojadlos hasta el Po (2).» Dos horas después llegó á casa de Cavour un habitante de Módena muy conocido, el Sr. Malmusi, pidiendo armas. «Ya no soy ministro de la Guerra, replicó Cavour, pero vamos á probar un golpe.» Escribió una esquela y se la dió al modenés, añadiendo: «A escape, id al arsenal; si, gracias á esta orden, os entregan fusiles, embaldlos y partid sin pérdida de momento (3).» Los arsenales se abrieron conforme al deseo de Cavour.

En esto, Farini recibió el orden de regresar á Turín, y obedeció, pero con una sutileza muy italiana: abdicó solemnemente sus funciones de comisario, y después de haberse quitado la librea piamontesa, subió al balcón del palacio de Este y proclamó su propia dictadura. Repetía que sólo deseaba dos cosas: hombres y dinero, y añadía: «Si vienen los austriacos, nos batiremos á la desesperada.» Pero todos los avisos que recibía de Turín le animaban á la resistencia y le suplicaban que se mantuviese firme. Para esto era necesario que Farini tuviese

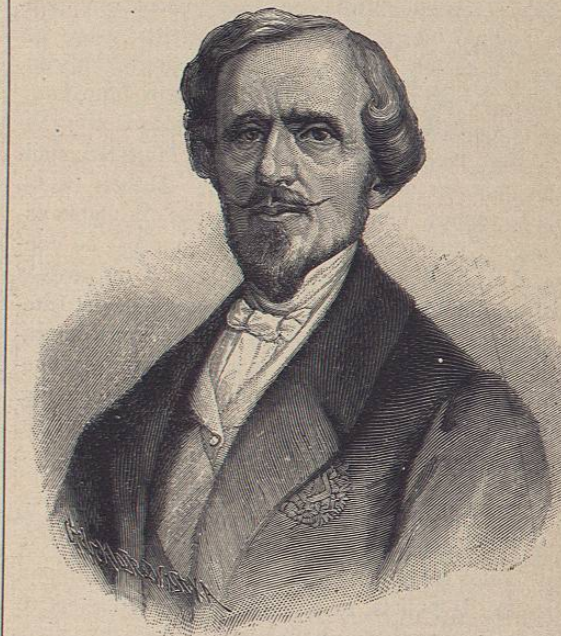
(1) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo III, páginas 109 y 112.

(2) Frapolli, *Luigi-Carlo Farini*, pág. 29.

(3) Bianchi, *Storia documentata*, tomo VIII, pág. 161.

se mucho valor, pues el duque de Módena, Francisco V, se hallaba cerca de la frontera, espionando la menor señal de una fortuna más propicia. En caso de éxito, el duque no hubiera vacilado en mandar ahorcar á Farini, el cual por su parte no hubiera vacilado tampoco en ahorcar al duque.

Bajo tales auspicios se prepararon las elecciones para la asamblea modenasa. En Parma reinaba menos animación, pero el resultado fué el mismo. El Sr. Pallieri ejercía el cargo de comisario sardo. Como el tratado de Villafranca nada decía respecto al ducado, en Turín afectaron creer que aquel silencio significaba anexión. Ante las observaciones del gobierno francés, que consideró



Ricasoli

prematura aquella avidez, hubo que retirar el escudo de Saboya colocado ya en los edificios públicos y llamar al comisario convertido ya en gobernador. Pallieri partió, pues, pero dejando, como Buoncompagni, una administración que, so pretexto de mantener el orden, prepararía la anexión al Piamonte. Delegó sus poderes en el Sr. Manfredi, encargado de convocar la asamblea parmesana. Más tarde, la dirección del gobierno fué confiada á Farini, el cual, dominando desde aquel momento ambos ducados, fué el verdadero dictador de toda la Emilia.

Fáltanos hablar de las Romañas. El Piamonte había enviado allí, con el cargo de delegado interino, á uno de sus mejores ciudadanos, el ilustre Máximo de Azeoglio. A la noticia de la paz, la perplejidad fué mayor en esta comarca que en todo el resto de la península. Según los tratados, estas provincias pertenecían, no á un príncipe fugitivo, sino á un soberano sentado todavía en el trono, y este monarca era el jefe de la Iglesia. Hacía poco tiempo que un incidente había parecido revelar en los consejeros de Pío IX una energía inesperada. A últimos de junio, la villa de Perosa, en la Umbría, sacudió la dominación pontificia, pero los suizos mercenarios del papa la recuperaron, no sin efusión de sangre. ¿No era de temer en las Romañas evacuadas al

guna tentativa por el estilo? Y una vez la reacción empezada, ¿quién la detendría? En tales circunstancias recibió Máximo de Azeglio el despacho que le mandaba regresar á Turín. Leyólo entre líneas y resolvió no volver á la corte hasta después de haber puesto en estado de defensa las provincias que le mandaban abandonar. Un mensaje de Cavour no contribuyó poco á afirmarlo en aquellas ideas. Al lado del peligro de la reacción, había otro muy real y que preocupaba grandemente á De Azeglio, el peligro de la anarquía. En un país turbulento, largo tiempo reprimido, y privado de pronto de toda autoridad, ¿no iba á correr gran peligro el orden público? En vez de concentrar sus tropas para la evacuación, como se lo exigían las instrucciones oficiales, Azeglio las repartió entre las antiguas guarniciones pontificias, ocupó fuertemente Bolonia y delegó luego sus poderes en su jefe de Estado mayor, coronel Falicón. Entonces, y sólo entonces, regresó á Turín. Inmediatamente después de haber llegado, presentóse al rey: «Señor, le dije, he desobedecido á Vuestra Majestad; mandadme ante un consejo de guerra. — Habéis hecho bien,» le replicó Víctor Manuel, después de haber escuchado su justificación (1). Para desaprobado su conducta, el rey hubiera tenido que condenar á sus propios ministros. En aquellos días Ratazzi, ministro del Interior, procuraba, á pesar de las recomendaciones contrarias de Napoleón III, que las tropas piemontesas fuesen mantenidas en Bolonia. El ministro de Hacienda, Sr. Oytana, fué quien, por medio de subsidios secretos, hizo que las autoridades romañolas pudiesen atender á los servicios públicos (2).

Apenas habían transcurrido tres semanas desde la paz de Villafranca, y ya el tratado parecía caduco. Desde las costas de Liorna hasta las lagunas de Rávena, el ejército, la policía, la administración, todos los resortes de la autoridad se hallaban en manos de amigos del Piemonte. En Florencia, en Módena, en Parma y en Bolonia se había establecido todo un nuevo orden de cosas que tenía en su favor lo que en derecho civil se llama el beneficio de la posesión, y lo que en política se llama la fuerza del hecho consumado. Ya sólo faltaba conducir al pueblo á las urnas y someterle combinaciones de antemano dispuestas de tal modo que no hubiese más remedio que aceptarlas. Ricasoli en Toscana y Farini en la Emilia iban á dirigir aquella consulta. Había el peligro de la intervención diplomática. Pero se acentuaba un rumor tranquilizador. Decíase que el tratado de Villafranca, en lo concerniente á la Italia central, no podía ser ejecutable sino por la persuasión; y esta doctrina, que proscibía el empleo de la fuerza, llenaba de satisfacción á los que no habían empleado otra cosa en toda su vida.

Desde Turín primero, y después desde Leri, donde se había retirado, Cavour siguió el desarrollo de aquella obra que era la suya. Libre de toda reserva, puesto que no ocupaba el poder, no perdonó medio de enredar la madeja, al extremo de que nadie pudiese desenre-

(1) Carta del Sr. de Azeglio al Sr. Rendu, 24 de julio de 1859 (*Correspondance politique de d'Azeglio*, pág. 109). — Véase también Bianchi, *Storia documentata*, tomo VIII, pág. 162.

(2) Véase el discurso pronunciado por el Sr. Pepoli en el Parlamento italiano en 23 de noviembre de 1862 (*Atti del Parlamento italiano*, pág. 3523).

darla. Después de haber puesto las cosas á punto, juzgó que tenía derecho á descansar un poco. A principios de agosto, uno de los buques que servían la costa saboyana del lago de Ginebra lo desembarcó en Hermance, desde donde, á ratos en coche y á ratos á pie, subió á Pressinge, para pasar una temporada en casa de sus fieles amigos, los Sres. de la Rive, compañeros habituales de sus días de desgracia ó de descanso. Al llegar, sólo unas pocas palabras revelaron sus recientes ansiedades. «El emperador, dijo con singular precisión y con un acento libre ya de amargura, me dió excelentes razones para no empezar la guerra, pero ninguna para hacer la paz.» En los días siguientes mostróse á sus huéspedes con rostro sereno, curioso de agricultura ó de libros nuevos, ávido de excursiones que repararan sus fuerzas, prestándose á todos los juegos, hasta los más familiares, y á todas las conversaciones, hasta á las de más abandono. Cavour no dudaba de su vuelta al poder y calculaba, con una precisión casi matemática, la duración de su retiro. «No hay que mirar hacia atrás, decía, sino hacia adelante.» ¿Qué le importaba que otro ministerio ocupase el primer término de la escena? Si otros tenían los hilos, ¿no era él quien los hacía mover? Sin celos de ninguna especie, podía tolerar que durante algún tiempo los despachos enviados desde Turín á las cancillerías europeas fuesen firmados por el que él llamaba «el buen Dabormida.»

II

En medio de aquellas prosperidades que dejaban entrever muchas otras, los renovadores de Italia temían que Francia no olvidase bastante pronto ni de un modo bastante completo el tratado que acababa de firmar.

A últimos de julio, hallándose el emperador descansando de sus fatigas en Saint-Cloud, empezaron á acudir mensajeros de los diversos puntos de la península. Añádase á éstos todos los negociadores oficiosos, semituristas, semi-diplomáticos, guiados por simple curiosidad ó por afán de darse importancia, y que asediaban las redacciones de los periódicos, las antecámaras de los ministerios, todos los círculos en que se crea la opinión pública. A todos guiaba un mismo fin: captar la protección ó asegurar al menos la tolerancia del emperador. Todo podía darse por conseguido si él consentía en no ver lo que pasaba tras los montes, y sobre todo si impedía que los demás lo viesan más que él.

Según tradiciones que empezaban á caer un poco en desuso, para llegar hasta Napoleón III había que pasar por el palacio del *quai d'Orsay*, es decir, por el ministerio de Relaciones extranjeras. El ministro del ramo, Sr. Walewski, inspirándose en las impresiones de los diplomáticos de la antigua escuela, profesaba varias máximas pasadas de moda, y una de éstas consistía en que los tratados han de ejecutarse al pie de la letra, y como era inflexible, tan áspero como leal, parecía formular siempre resoluciones irrevocables, aun cuando no hacía más que emitir simples opiniones. Tomando por punto de partida las estipulaciones de Villafranca y ateniéndose á ellas escrupulosamente, recomendó al señor Des Ambroises que organizara la confederación italiana bajo la presidencia del papa, idea que, aunque sólo databa de quince días atrás, parecía ya un anacronismo.

Estuvo algo duro con el delegado de Módena, pero el más maltratado de todos fué el representante toscano, Sr. Peruzzi. Con una franqueza brusca, Walewski aconsejó la restauración de los príncipes loreneses, sin vacilación y sin dilación alguna. «Contentaos, añadió, con el hijo del gran duque; así lo exigen los tratados. Por lo demás, el Piemonte no lleva tan lejos su codicia, y el mismo Cavour protestaría contra semejante ambición.» Como el delegado florentino objetase el voto de las poblaciones y la imposibilidad de contener á los revolucionarios exasperados, le replicó el ministro: «Tememos á Mazzini cuando expide sus sicarios desde Londres; no le tememos en Italia.» Peruzzi buscó consuelos y estímulos entre los amigos del Piemonte y practicó toda clase de diligencias para conquistar el apoyo de los principales periódicos. Por mucho que hiciese, no escapaba á la influencia de Walewski, cuyo tono perentorio le intimidaba; así es que, en sus informes á su gobierno, aconsejaba la prudencia, y no la audacia. Aconsejaba que hiciesen votar por la próxima Asamblea la prescripción de los derechos del gran duque y que se confiase luego á las potencias el cuidado de fijar los destinos de Toscana. No se atrevía á hablar de anexión, juzgando que sería mucho conseguir si se obtenía la exclusión de la dinastía lorenesa (1).

Napoleón III ¿pensaba lo mismo que su ministro? No era de creer, si se recordaban las palabras dichas por él en Turín á Pepoli y á Cavour. Lo que confirmaba las esperanzas era la solicitud del monarca en curar las heridas causadas por Walewski. Todos los despachos que en aquellos días se enviaban á Italia podían resumirse en dos palabras: los delegados eran muy mal recibidos en el *quai d'Orsay*; en cambio, estaban encantados de la benevolencia del emperador. Sin embargo, circuló el rumor de que ciertos agentes de los príncipes destronados habían sido recibidos también en Saint-Cloud y que habían salido igualmente encantados de la audiencia imperial. Hacía falta poner la cosa en claro. Con tal objeto, expidieron de Turín, no un correo oficial, no un embajador extraordinario, sino un mensajero de carácter íntimo que averiguase hasta dónde podía llevarse la audacia sin incurrir en temeridad.

Este personaje, que tan importante papel había de desempeñar en los años siguientes, era un gran señor milanés llamado el conde Arese. Napoleón quería mucho á sus amigos del destierro, y particularmente á Arese. Este era compañero de su juventud, y en el círculo de sus relaciones, en que abundaban los aventureros, el nombre, la fortuna y el carácter del noble conde lo habían hecho digno de una augusta predilección. Entre el emperador y el patricio milanés subsistía además el recuerdo de un inolvidable favor. En 1836, Bonaparte, después de la intentona de Estrasburgo, había de ser desterrado á los Estados Unidos, y Arese concibió un proyecto que en la antigüedad hubiera encontrado su puesto en un *Tratado sobre la amistad*. Pasó á Liverpool á toda prisa y allí se embarcó, sin enterar al príncipe, á fin de llegar á América antes que él, recibirlo con los brazos abiertos á su llegada y compartir con él el destierro. ¿Quién era capaz de olvidar tan ingeniosa

(1) Partes del Sr. Peruzzi al Sr. Ridolfi, 2 y 6 de agosto de 1859 (Poggi, *Memorie storiche*, tomo I, págs. 182-183, 186-187; tomo III, págs. 90-91, 96-97).

y grata sorpresa de la abnegación y el afecto? Durante meses, ambos amigos vivieron inseparables, y el futuro emperador, en momentos de expansión, prometió á Arese, según se dijo, que si algún día le era favorable el destino, se acordaría de la suerte de Italia (2). Durante el cautiverio de Ham, las relaciones habían continuado en forma de una correspondencia, no siempre muy seguida, pero sí afectuosa y abandonada hasta la intimidad. Compañero de los días aciagos, Arese siguió siendo el amigo, pero el amigo discreto y poco ruidoso de los días faustos. Lo que aumentó su influencia fué que no hizo uso de ella: su patrimonio le ponía al abrigo de la necesidad y su modestia era superior á los honores. Y no pidiendo nada para sí, estaba seguro de obtener mucho cuando abogara por su patria.

Arese llegó el 3 de agosto á París. Viajaba de riguroso incógnito y no llevaba ninguna misión oficial, pero tenía que entenderse con el caballero Des Ambrois y emplear, en caso de urgencia, la clave telegráfica de la legación. Fué hospedado en Saint-Cloud, donde se le hizo una acogida muy afectuosa, no sólo por el emperador, sino que también por la emperatriz, que le apreciaba mucho, á pesar de que la causa italiana no le era muy simpática. Pero si el antiguo amigo fué colmado de atenciones, el negociador no tuvo, al parecer, ocasión de felicitarse de igual modo. Dícese que el emperador se quejó mucho: los toscanos habían estado muy flojos durante la guerra; la sublevación de las Romañas había irritado al partido católico; Cavour había despertado codicias que iba á ser igualmente imposible satisfacer ó reprimir. Vendo al fondo de las cosas, Napoleón se mostró más fiel de lo que hubiera podido creerse á las estipulaciones de Villafranca. Protestó contra toda idea de agregar la Toscana al Piemonte; nada de eso se había convenido en Plombières, y la Toscana tenía recuerdos demasiado antiguos y gloriosos para fusionarse así con un Estado vecino. En el intervalo de algunos días, enviáronse á Florencia dos agentes franceses, los señores Reiset y Poniatowski, para crear, ó secundar al menos, un cambio de opinión en favor de los príncipes loreneses. Sólo en un punto parecía entonces dispuesto el emperador á favorecer las ambiciones piemontesas. Decía que el territorio de Parma podía unirse al Piemonte y que la duquesa de Parma recibiría en cambio el principado de Módena, de modo que el único sacrificado sería Francisco V, príncipe muy impopular. Fué todo cuanto obtuvo Arese.

Dos cosas atenuaban, sin embargo, el fracaso relativo de su misión. Aquella primera derogación del tratado de Villafranca hacía esperar que se arrancaría en detalle lo que, considerado en masa, hubiese parecido excesivo ó peligroso. Además, á través de las palabras del emperador, se adivinaba cada vez más el propósito de no intervenir y de impedir toda intervención ajena. No pasaría de dar consejos. Interrogado Poniatowski en Turín, donde estuvo de paso para Florencia, acerca de su misión, contestó que su papel se limitaba á *rogar á las poblaciones que recibiesen á sus príncipes* (3).

Si no se trataba más que de resistir á ruegos, la timidez hubiera sido tontería. Encontrándose aún en

(2) Véase Bonfadini, *Vita di Francesco Arese*, pág. 48.

(3) Carta del Sr. de Matteucci al Sr. Ridolfi, 17 de agosto (Poggi, *Memorie storiche*, tomo III, pág. 118).